Mi reintegración a la ingrata patria

Francisco Ayala

La recepción -por así decirlo- de mis escritos, o restauración de mi nombre de escritor, antes suprimido, en España, como la del de otros exiliados, se había ¡iniciado ya premiosa y penosamente. A finales de los años sesenta, otro joven, José R. Marra-López, se había puesto en contacto epistolar conmigo desde Madrid para decirme que estaba estudiando la novela del exilio con ánimo de escribir un libro sobre el tema, y pedirme ciertos datos y algunos materiales gráficos útiles a su proyecto. Ese libro, cuya preparación debió llevarse no poco tiempo, aparecería al fin publicado por la editorial Guadarrama bajo el título *Narrativa española fuera de España. 1939-1961* (así se eludía en la cubierta la palabra «exilio») en el año 1963. Para esa fecha, ya había asomado yo las narices al ruedo ibérico, aunque sin haberme encontrado aún con el autor de la obra, quien, al aparecer ésta, se apresuró a enviarme un ejemplar a Nueva York. Correspondí al envío del libro con una carta cuyo texto reproduzco aquí ahora en apéndice, pues quizá el documento pueda tener interés para algunos lectores.

Así como el ensayo «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración» que José Luis López Aranguren había publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* el año 1949 marca un hito en la historia cultural de la España contemporánea, el libro de Marra-López abriría los ojos al público español acerca de la realidad de un exilio literario activo, dándole conciencia de que, durante el tiempo en que ese público había permanecido en duro secuestro intelectual, y mientras los escritores legítimos luchaban denodadamente en la Península contra la asfixiante mordaza de la censura, algunos emigrados habíamos continuado nuestra obra fuera del país; la conciencia de que, en efecto, esa obra y sus autores, existían.

Ya en un ensayo de 1952 sobre «El escritor de lengua española» observaba yo el hecho lamentable de que, en sendos diccionarios de literatura publicados en Madrid por casas editoriales de tan responsable tradición como Aguilar y la Revista de Occidente, «los peninsulares ausentes de España aparecemos -cuando aparecemos- tal cual si en *aquel entonces* [esto es, al producirse la guerra civil] hubiéramos muerto; de toda nuestra obra posterior, que en casos resulta ser la decisiva, no se registra noticia; siendo lo peor de todo que no hay en ello un propósito deliberado [decía yo, ¿cómo hubiera podido haberlo, si quienes elaboraron esos diccionarios no eran precisamente franquistas, antes al contrario, declarados y conocidos adversarios del régimen?], sino el efecto de una situación inaceptable, aceptada». La verdad es que el *blackout* intelectual decretado por el régimen había funcionado con toda eficacia; y así, el libro de Marra-López vino a traer información sobre unos escritores españoles que estaban publicando en el extranjero obras cuya lectura en España era vedada.

La de Marra-López produjo un serio impacto en el mundo -o mundillo- literario español, y temo que contribuyera mucho, probablemente más que ninguna otra cosa, a crear las grandes expectativas que convirtieron en mito la literatura del exilio, aureolada por ese prestigio que suele favorecer a lo remoto y desconocido. Surgieron entonces urgentes deseos de acoger, agasajar y potenciar a los escritores que habían estado o permanecían aún exiliados, deseos tras de los cuales era fácil detectar sentimientos e intenciones complejos. Se quería reivindicar esa literatura, quizás más que por cuanto en sí misma pudiera valer -en verdad, seguía siendo desconocida en su conjunto-, por lo que significaba como testimonio contra el régimen que había dado ocasión a que creciera en el destierro. De otra parte, la relativa apertura que ahora consentía sacar a relucir la literatura del exilio, permitió también a los escritores del interior conocer las obras de escritores hispanoamericanos publicadas durante el *blackout* peninsular, sufriendo un deslumbramiento que,

para algunos, sería pueril causa de envidioso resentimiento. Las creaciones notables de literatos argentinos, mexicanos o peruanos mal hubieran podido esgrimirse políticamente en agravio del régimen franquista, pero sí las de los españoles exiliados. La glorificación, muchas veces excesiva, de alguno de éstos tenía en parte un motivo tendencioso, quizá inconsciente, y era inevitable que condujera por fin a un movimiento de desencanto igualmente exagerado.

En cuanto a mi, desde el comienzo mismo procuré sustraerme a esa posible trampa que, sin duda, ofrecía buenos rendimientos a quien deseara (lo cual es, por lo demás, muy legítimo) promover publicitariamente su propia imagen de escritor y adquirir esa modesta cuota de popularidad a que un escritor puede aspirar en lastimosa competencia con deportistas, cantantes y políticos, no en razón de sus obras literarias, sino metiéndose al sesgo en el campo de estos últimos, o más bien dejándose empujar a él por quienes utilizan como una baza cualquier nombre conocido. Hacer una espectacular *rentrée* en la escena española, ciertamente no resultaba difícil; antes al contrario, lo difícil era evitar una explotación y autoexplotación para la que eran propicias las circunstancias. Pero cuando yo, por fin, me decidí a volver a España, no venía para ser visto; venía para ver. Lo que a mí me interesaba era darme cuenta del estado en que se hallaba nuestro país después de la catástrofe. Demasiado grave y demasiado triste era lo ocurrido con nuestras vidas para que pudiera uno complacerse ahora en sacar partido de ello. Por eso, tan pronto como consideré que podía regresar sin detrimento de mi integridad física (la integridad moral no entraba para esto en juego), vine calladamente, en la actitud de un observador silencioso.

Ya en el año 1956, Nina, mi hija, nacida veintiuno antes en Madrid, criada en Buenos Aires y graduada ya de arquitectura en Nueva York, ansiando conocer el país natal del que tanto y con tal añoranza había oído hablar a nuestros amigos españoles refugiados en Argentina y Puerto Rico, viajó sola a España,

recorrió su geografía, y nos trajo de vuelta en sus relatos la impresión de los efectos opresivos del régimen, donde la gente no se atrevía a levantar la voz para nada, al mismo tiempo que su gusto entusiasta por todo aquello que es permanente en esta tierra.

Todavía habían de transcurrir cuatro o cinco años más para que me resolviera yo a pasar de nuevo la frontera que, en 1939, había cruzado con la idea de que quizá nunca más podría volver. En este mi primer viaje de regreso a la «ingrata patria» nos acompañó a mi mujer y a mí (pues Nina se había casado ya) un excelente amigo nuestro de Buenos Aires, Damián C. Bayón, el joven crítico de arte a quien habíamos conocido allí en el velatorio de su maestro Henríquez Ureña, y con quien luego, en Puerto Rico, a donde yo le hiciera invitar, tuvimos un trato muy seguido y afectuoso. Bayón vivía ahora en París, y se unió a nosotros para ir a veranear en el norte de España.

Algo referí ya, al iniciar estas memorias, acerca de mi reencuentro con el país natal, este país de mi infancia y juventud. Llevaba yo un automóvil francés con matrícula turística, un coche nuevo de tipo corriente que, sin embargo, llamaba la atención aquí, donde eran pocos los que circulaban entonces por las deterioradas carreteras. Tras el paso aduanero, apenas si quise detenerme más de lo indispensable en el camino, pues tenía ganas de llegar canto antes a Madrid. A la altura de Burgos, donde en otro época, junto con mi familia durante las vacaciones, hube de sentir emociones muy tiernas, y donde luego la muerte ahorraría a mi madre el sabor de la tragedia que enseguida había de abatirse sobre nuestra casa, la garganta se me apretó con una congoja que a duras penas conseguí superar. Acelerando la marcha y con la vista fija delante, seguí de largo. Muchos kilómetros recorría sin despegar los labios; podía adivinar cuáles eran los pensamientos de mi mujer, callada también al lado mío. Y luego, cuando en las alturas del Guadarrama detuve el coche para descansar y tomar café en un parador, pregunté, por decir algo, a la muchachita que nos

servía, dónde quedaba El Escorial; a lo que la chica, oficiosa, recomendó a estos turistas que más bien fuésemos a visitar el Valle de los Caídos, «que es mucho más bonito», dijo.

Por fin llegamos a Madrid. En Madrid nos quedamos sólo unos pocos días, hospedados en un hotel. Creo que la única gente conocida cuyo contacto buscamos esta primera vez fue un matrimonio de parientes míos con quienes estuvimos reunidos y mantuvimos una conversación que al principio hubo de ser, como se comprenderá, algo embarazosa. Ellos habían sido durante la guerra civil resueltos enemigos de la República y, terminada la contienda en España, mi primo se alistó como voluntario en la División Azul. Ahora despotricaban ambos a dúo contra el régimen de Franco, y yo los estaba escuchando sin decir ni mu, hasta que, por último: «No insistas -dije al entonces teniente coronel-; no necesitas persuadirme; hablas a un convencido.» La ironía implícita en la situación nos hizo reír a todos... Son personas a las que guardo un antiguo afecto.

El espectáculo que ofrecía aquel Madrid era bastante sórdido. La vestimenta de la gente traslucía aún una mal disimulada miseria, y los semblantes, el agotamiento y un humor negro. Las calles estaban plagadas de mendigos, y en sus expresiones, en la avidez con que se echaban a la boca las aceitunas o las patatas fritas que uno les dejaba arrebatar del platillo en la terraza del café se notaba que su necesidad era entonces hambre verdadera y no avezado recurso profesional.

Sólo unos cuantos días, como digo, permanecimos en Madrid. Yo estaba impaciente por ir a Granada, a donde nunca había vuelto desde que, a mis dieciséis años de edad, me trasladé con mi familia a vivir en la capital de España; y así, no tardamos en emprender el camino hacia el sur. Las carreteras, estropeadas, llenas de agujeros, atravesaban un campo donde no se

veía un tractor, máquina alguna. Acá y allá, un hombre trillaba cansinamente sobre una tabla arrastrada por mula o borrico. Muy de tarde en tarde aparecía otro automóvil a la vista. Parejas de la guardia civil, a pie, detenían a los infelices viandantes que, cuando mejor, iban en bicicleta, para examinarles la documentación...

Antes de llegar a Granada, sin embargo, hicimos escala en Córdoba, y luego en Sevilla. Eran ciudades que yo no conocía. En Córdoba, sí, había estado, es cierto, siendo niño de muy cortos años, quizás seis o siete, en un viaje brevísimo, de un día o a lo sumo dos, que no sé con qué fin hizo mi padre, y en el que, no sé por qué, me llevó consigo. De tal viaje, sólo un par de cosas se me quedaron grabadas en la memoria: un montón de aceitunas junto a otro de pajaritos muertos y desplumados que, según él me explicó, se cazaban con red y eran vendidos luego a las freidurías y tabernas; y la otra cosa que recuerdo es que, en un momento dado, se metió mi padre en un zaguán y, detenido ante la cancela, estuvo un rato mirando al patio de la casa, tras de lo cual me aclararía que allí había vivido él de chico. Ahora, esta segunda vez, sí que puedo decir que vi Córdoba, y declarar con verdad que me gustó mucho. Nina, mi hija, me había hablado con encanto de esa ciudad después de su viaje solitario a España. A mí sería, en cambio, Sevilla la que me causara una impresión más feliz. Su realidad colmó las expectativas de mi imaginación cultivada por noticia y por la sugestión de lecturas literarias.

En la ciudad de Sevilla, antes de haber estado allí, había situado yo parte de la acción de mi novelita *El Hechizado*, como he hecho también otras veces para el emplazamiento de varios de mis relatos: *La cabeza del cordero*, que discurre en Fez; *El regreso*, en Santiago de Compostela... Y alguna vez he procurado explicar la razón, o posibles ventajas que desde el punto de vista de la invención literaria puede ello ofrecer: todo está en que uno acierte con la imagen ideal de la ciudad en cuestión, válida tanto para quienes la conocen y

transitan por ella como para quienes jamás la hayan visto con sus ojos. En varios casos, y desde luego en el de Sevilla, creo haber conseguido esa engañosa sugestión de realidad. Después de escrita y publicada una obra donde me había arriesgado a evocar una ciudad para mí desconocida, he procurado siempre, no sin cierta aprensión, visitarla, conocerla, tomar posesión de ella. En el caso de Sevilla, fue más bien la ciudad quien me capturó en seguida...

Llegamos, pues, a Sevilla desde Córdoba y, ya en el centro, detuve el automóvil para preguntarle a un guardia municipal dónde quedaba e hotel que traía recomendado y si creía que encontraría habitación en él -pregunta ésta necia, ya lo sé, automáticamente dictada por mis experiencias europeas de hoteles llenos y hospedaje siempre azaroso durante los meses de verano-. Riéndose, el buen hombre me contestó que qué podía decirme él; que él no tenía por costumbre de alojarse en ese hotel. Su bienhumorada autoironía me conmovió, como había de conmoverme dolorosamente la risueña actitud con que, en Andalucía, soportaba la gente, no ya su pobreza, sino un estado de verdadera privación. Será acaso que la antigua costumbre de sufrir la adversidad ha cultivado en esa gente mía la elegancia de ánimo con que sabe poner al mal tiempo buena cara -una cara, a veces, muy engañosa, tras de la cual quién sabe qué no pueda esconderse de terrible.

Ganas me dan, en llegando a este punto, de ponerme a disertar, o a especular, sobre la marca que una larga experiencia de estrecheces y opresiones ha podido imprimir a este pueblo mío; pero... quédense especulaciones tales para otra oportunidad. Aquí me limito a evocar mis impresiones de viaje cuando, poniendo fin al exilio, retorné por primera vez a España. Las que recibí al llegar a Granada tras casi medio siglo de ausencia quedaron ya apuntadas al comienzo de estas memorias. Visité los santos lugares de mi infancia (santos, por haber sido purificados en la destilación del recuero), lugares que -según quedó ahí consignado- se mantenían todavía intactos, pues todavía no había

llegado a ellos la ola de construcciones e inevitables destrucciones del desarrollo europeo en su reflujo sobre España.

España continuaba, en efecto, maltrecha, sin apenas haberse recuperado del pasado desastre. Ya dije cuánto me había apenado en Madrid el aspecto sórdido, hosco y triste de las gentes, mal trajeadas, ajetreadas y desnutridas. Aún no se barruntaba el desarrollo económico que enseguida iba a irrumpir. Por el momento, no ya el obrero, sino igualmente esa clase media que, en su gran masa, había apoyado la sublevación antirrepublicana y respaldado al nuevo régimen, seguía malviviendo en una angustiosa penuria, más afligente si cabe para quienes la padecían -que era la gran mayoría de la población- por el contraste con aquellos pocos que, nadando en la abundancia, gustaban de ofrecerse en espectáculo de insolente alarde. El viajero limitado a observar desde fuera el panorama social tiene que juzgar a través de impresiones generales, matizadas por algún que otro detalle revelador, y quisiera referir aquí siquiera uno de esos delatores detalles que quedó grabado en mi memoria. Una tarde, durante nuestra excursión por Andalucía, nos habíamos detenido a tomar algo en un local al aire libre cerca de Málaga, cuando vino a pararse junto a nuestro modesto, aunque insólito, coche francés un despampanante mercedes, del que descendieron un matrimonio con sus dos hijas, gordos y lustrosos todos ellos, con una pinta de la más ostentosa basteza, realzada por numerosas y pesadas alhajas; se acomodaron en una mesa próxima a la nuestra, pidieron bebidas por coste cuya equivalencia pude cifrar en no menos de veinte de los fuertes dólares de aquellas fechas; y antes de haberlas tocado decidieron que estarían mejor en otro sitio: pagó el padre, y se fueron.

De regreso en Madrid, y a pesar de que en este mi primer viaje a España mi trato con las gentes no había sido sino muy superficial, nuevas impresiones y nuevos detalles corroboraban en mi ánimo el deprimente cuadro. Las caras que uno veía por la calle expresaban fatiga; las palabras que escuchaba, malhumor.

En los ademanes y gestos podía percibirse una extraña combinación de impaciencia y dejadez... Como digo, no entré con casi nadie en otras relaciones que las de tipo impersonal y anónimo, pero esa sensación se imponía y dominaba. A través de un conocido antiguo con quien la casualidad me hizo topar concurrí un par de veces a la tertulia que un grupo de escritores mantenían melancólicamente en un rincón de cierto café hoy ya desaparecido; y siendo como eran todos ellos hostiles al régimen y víctimas de su persecución, comprendí no obstante que apenas si podíamos comunicar entre nosotros, que no podían comunicar conmigo ni tampoco entre sí, encerrados cada cual en su desesperación -sumidos, podría decirse, en una total abulia, en el nihilismo-. Parecía que, de veras, el régimen los había conseguido aniquilar. Y creo que la desmoralización que la derrota produjo en la España sometida y oprimida se duplicaba con la inmoralidad fomentada por el régimen en los aprovechadores de la victoria...

A partir de entonces, emplearía mis vacaciones estivales de cada año para volver a España y procurar darme cuenta desde dentro de cómo evolucionaba la situación.